

NO QUIERO SER COMPETITIVO: UNA CRÍTICA A LA NUEVA OBSESIÓN DE LA “MODERNIDAD”

Andrés Valdez Zepeda *

RESUMEN

El paradigma de la competitividad ha permeado todos los espacios del desarrollo nacional y se presenta como la opción ideal para el progreso y modernización, tanto de las organizaciones como de las naciones. La mayoría de los estudiosos de las ciencias administrativas y políticas han adoptado a este paradigma como “la panacea,” como una obsesión que la propia modernidad demanda y para lo cual debemos trabajar, participando en una especie de maratón interminable. ¡Competitividad o muerte! es el nuevo eslogan que guía hoy a las sociedades modernas y globalizadas.

Sin embargo, cuando hablamos de competitividad, ¿a qué nos estamos refiriendo? ¿Cuál es la concepción que tiene el capital internacional y sus intelectuales sobre este nuevo constructo? ¿Hay concepciones alternativas y distintas de la competitividad, vista desde la perspectiva ya no del capital, sino desde la sociedad y el espacio público?

El presente escrito se concibe como una posición crítica o irreverente al concepto tradicional de competitividad, que ha generado una mayor desigualdad social y una más alta concentración de la riqueza en pocas manos. Se concluye que, como hoy se concibe, la competitividad no beneficia a las naciones ni a su gente, sólo al capital nacional e internacional, por lo que habrá que buscar un nuevo concepto que se oriente al desarrollo humano y el

* Profesor – Investigador del Centro Universitario de Ciencias Económico – Administrativas de la Universidad de Guadalajara. Email: azepeda@cucea.udg.mx

mejoramiento de la calidad de vida de la gente. En este sentido, el trabajo pretende provocar el debate y las reflexiones maduras sobre este nuevo constructo de la modernidad.

Palabras clave: Concepto de competitividad, naciones, organizaciones e individuos competitivos, crítica al constructo de competitividad y propuestas alternativas.

ABSTRACT

The paradigm of the competitiveness has permeated all the spaces of the national development and appears as the ideal option for the progress and modernization, both of the organizations and of the nations. The majority of the experts of the administrative and political sciences have adapted to this paradigm as “the panacea” as an obsession that the proper modernity demands and for which we must work, taking part in a kind of endless marathon. Competitiveness or death! It is the new slogan that guides today to the modern and globalized societies.

Nevertheless, when we speak about competitiveness, of what are we talking about? Which is the conception that the international capital and intellectual ones have on this new construct? Are there conceptions alternative and different from the competitiveness, seen from the perspective already not of the capital, but from the society and the public space?

This letter is intended as a critical position to the traditional concept of competitiveness, which has generated greater social inequality and a higher concentration of wealth in few hands. We conclude that, as currently conceived, competitiveness does not benefit the nation or its people, only the national and international capital, so it will be necessary to seek a new concept is aimed at human development and improving the quality of lives. In this sense, the work seeks to provoke debate and mature reflection on this new construct of modernity.

Key words: Competitiveness´s concept, nations, competitive organizations, competitive individuals, critic to the competitive construct, alternatives proposals.

INTRODUCCIÓN

En los últimos años, la palabra competitividad, como fórmula ideal para el crecimiento y el desarrollo, ha invadido todas las esferas del desarrollo nacional, generando una especie de revolución actitudinal que afecta e implica a los individuos, las organizaciones y a las naciones, transformado e impactando sobre sus actitudes, acciones y decisiones. Por igual, se habla de un país competitivo, un Estado competitivo, una economía competitiva, un municipio competitivo, una empresa o una persona competitiva. Quien no es competitivo, se aduce, no sólo está destinado a fracasar sino también a desaparecer de la faz de la tierra. ¡Competitividad o muerte! es el nuevo slogan de la “modernidad.” Es decir, sólo existes y tienes posibilidades de sobrevivir en la medida que seas competitivo.

El término competitividad se ha utilizado, principalmente, en el sector empresarial para referirse a la capacidad de una organización para competir en el mercado logrando su supervivencia y desarrollo (Porter, 1991 y 1995, Begg 1999 y 2002, Sobrino 2002). Este término alude, además, al proceso de generación y difusión de competencias, a las capacidades de determinadas empresas y naciones para actuar exitosamente en un mundo globalizado (Druker, 1999).¹

De acuerdo a Porter (1996), se entiende por competitividad a la capacidad de una organización de mantener sistemáticamente ventajas comparativas que le permiten alcanzar, sostener y mejorar una determinada posición en su entorno. Competitividad significa un beneficio sostenible y es el resultado de una mejora de calidad constante, así como de su capacidad innovadora (Albuquerque, 1995). La competitividad es un aspecto determinante en la vida de las empresas, de tal forma que su éxito o fracaso en el mundo globalizado dependerá de sus ventajas competitivas.

A escala nacional, la competitividad es entendida como la capacidad de una nación de atraer inversión externa, generar condiciones para el desarrollo

¹ La OECD define a la competitividad como el grado en el que, bajo condiciones de mercado abierto, un país puede producir bienes y servicios que pasen el test de la competencia internacional mientras mantiene y expande simultáneamente el ingreso domestico real.(OECD, TEP, The Technology/Economy Programme, Technology and Economy, The Key Relationship, Paris, OECD, 1992.

de las empresas, articular una administración pública eficiente, innovar e impulsar el desarrollo tecnológico, generar empleo, y, sobre todo, contar con mano de obra altamente capacitada.

Esta conceptualización que a primera vista parece benéfica y atractiva a los ojos de los ciudadanos, esconde una triste y lastimosa realidad: la competitividad significa mayores niveles de explotación de la mano de obra, una administración pública al servicio de los grandes capitales nacionales e internacionales, una mayor depredación del medio ambiente, un mayor estrés laboral y, sobre todo, el incumplimiento de las responsabilidades tributarias y laborales de los grandes capitales.

Es decir, el concepto de competitividad está muy ligado al de gratuidad y servidumbre, donde los grandes inversionistas reciben gratuitamente una serie de recursos públicos en forma de infraestructura, incentivos y servicios, así como una serie de condiciones serviles adecuadas (normas laxas, deducciones fiscales, una gestión pública a su servicio, etc.) para incrementar sus capitales.

Esto es, la competitividad como discurso hegemónico, implica políticas y decisiones en el que las naciones y los Estados le permiten a los grandes capitales tener todas las facilidades posibles para invertir y revalorar (crecer) sus inversiones económicas en el menor tiempo y bajo los menores costos posibles. ¡Lograr más con menos! es el nuevo slogan de este nuevo paradigma.

En otras palabras, hay que entregar a la nación y sus recursos a los intereses de los grandes capitales, ya que eso es el prerrequisito esencial para ser competitivo de acuerdo al nuevo léxico de la “modernidad.” La mayoría de las pequeñas y medianas empresas, generalmente de origen nacional, no pueden ser competitivas en un mercado globalizado dominado por las grandes transnacionales.

En este escrito se hace un análisis crítico de lo que el constructo de la competitividad ha significado para la nación y sus habitantes a nivel de individuo, de organización y de país, proponiendo una conceptualización distinta centrada en el desarrollo humano, la calidad de vida, el bienestar de la gente, y, sobre todo, al respeto al medio ambiente.

EL INDIVIDUO COMPETITIVO

De acuerdo a la jerga administrativa, un individuo altamente competitivo es aquel que posee una serie de competencias, habilidades, destrezas, valores y actitudes que lo hacen ser más productivo y competente para ofrecer mejores resultados en el menor tiempo y con la menor inversión posible. Es decir, se es competitivo en la medida que se es altamente productivo, entendiendo al individuo sólo en su dimensión productiva.

Sin embargo, esta conceptualización deja de lado aspectos como los derechos laborales, el ingreso económico, las prestaciones sociales, la responsabilidad social de las empresas, la salud física y mental del trabajador, la convivencia familiar y social, la participación del sujeto en el sistema político, su responsabilidad ciudadana y en general, sus niveles de bienestar.

Bajo el nuevo paradigma de competitividad, lo que interesa y lo que se valora es que el individuo sea altamente productivo, aumentando con eso su nivel de competitividad personal, por lo que todo aquello que atente en contra de este precepto no sólo es considerado pernicioso, sino también perjudicial al propio sistema imperante.

Bajo este orden de ideas, un individuo no competitivo o con baja productividad le espera el desempleo, la marginación, la pobreza y el ostracismo, ya que si no contribuye a que la inversión de capital crezca no tendrá razón de ser su permanencia en la planta laboral. En este sentido, cobra importancia la frase ¡competitividad o muerte! que se señaló más arriba.

Es así como, se han introducido en las organizaciones y en las ciencias administrativas toda una serie de herramientas gerenciales para medir el nivel de productividad personal, como lo son los estudios de tiempos y movimientos, estudios de costos beneficios, administración por resultados y administración por objetivos, entre otros. La idea central es que el individuo rinda más con la menor inversión posible, reduciendo al mínimo, los tiempos muertos y la improductividad.

LA ORGANIZACIÓN COMPETITIVA

A nivel organizacional, el nuevo paradigma de la competitividad implica la capacidad de una organización para desarrollar y mantener sistemáticamente ventajas comparativas, que le permitan disfrutar y sostener en el tiempo una

posición destacada en el entorno en que actúa (Porter, 1995). Es decir, a través de la creación de ventajas competitivas sustentables una organización puede lograr ubicarse en la vanguardia con respecto de sus competidoras, ganando porciones importantes del mercado meta. Estas ventajas competitivas pueden lograr también desplazar o incluso, aniquilar a la competencia.²

En esta conceptualización, lo que interesa es que la organización construya ventajas competitivas de largo alcance no importando los medios para obtenerlas, de tal forma que se acuda a toda tipo de prácticas como el *outsourcing*, el *negamarketing*, la publicidad subliminal, la piratería, la evasión fiscal, las violaciones a derechos laborales y el daño al medio ambiente, entre otros. ¡El fin justifica los medios! es también el nuevo slogan de este nuevo paradigma de la modernidad.

De esta forma, la organización competitiva se impone en el mercado a través de diferentes estrategias de posicionamiento, políticas de precios o calidad de sus productos y servicios, entre otros, con el objetivo de desplazar o incluso, aniquilar a las otras organizaciones competidoras. Construir e imponer su supremacía a toda costa es el móvil que impulsa a las organizaciones en este maratón llamado competitividad. La cooperación, reciprocidad, concurrencia y colaboración entre organizaciones no entra necesariamente como políticas centrales en el paradigma de la competitividad.

En suma, bajo el paradigma de la competitividad, una organización no competitiva o que no construye y conserva en una perspectiva de mediano y largo plazo, ventajas comparativas respecto de sus principales competidoras simple y llanamente está condenada a desaparecer. No hay futuro para una organización que no sea competitiva, sea ésta de vocación social, política o productiva.

LA NACIÓN COMPETITIVA

En los últimos años han aparecido diferentes rankings o sistemas de evaluación que miden el nivel de competitividad en el espacio público, ya sea de las

² Messner (1994) introdujo el concepto de competitividad sistémica enfatizando en primer lugar, que sería raro que una empresa logre ser competitiva por sí misma, es decir, sin el respaldo de un conjunto de proveedores y servicios orientados a la producción, así como sin la presión competitiva de contenedores locales. En segundo lugar, un ambiente propicio para la competitividad se arraiga en los modos como una sociedad se organiza a sí misma, es decir, en sus instituciones generales y específicas (nivel meta).

naciones, de las entidades federativas o estados y de los municipios. Tales son los casos del Índice de Competitividad Global³ que elabora el Foro Económico Mundial de Davos Suiza,⁴ o el Índice de Competitividad Nacional que construye el Instituto Mexicano para la Competitividad. De hecho, en el caso de México hasta el Centro de Investigación y Docencia Económica (CIDE), como institución de educación superior, ya elaboró un índice de competitividad de las ciudades del país (Cabrero, *et al*, 2008). En este ranking Saltillo y Morelia aparecen en el 2007, como las ciudades más competitivas de México considerando los aspectos económico e institucional, respectivamente.

Estos sistemas de evaluación miden principalmente percepciones, ya que su base metodológica se sustenta en el levantamiento de encuestas entre ejecutivos y algunas referencias estadísticas del desempeño macroeconómico de las naciones. En estos índices de competitividad, las variables que se evalúan son distintas, pero sobresalen, entre otros el desarrollo de infraestructura, la fortaleza institucional y la mejora regulatoria, los recursos humanos altamente calificados, la calidad de las regulaciones gubernamentales (días necesarios para abrir un nuevo negocio), la vinculación universidad empresa, la innovación y el desarrollo tecnológico, el costo de la fuerza de trabajo y la promoción del desarrollo económico, entendida como la facilidad de invertir y asegurar una alta rentabilidad económica.

De acuerdo a la teoría económica neoclásica, para tener una exitosa inserción en el contexto económico internacional se debe ser completamente competitivo, abriendo las economías al comercio internacional, generando administraciones públicas eficientes y al servicio de los inversionistas y sobre todo, generar atractivos incentivos para la inversión de capital externo.

³ El Índice de competitividad global se divide en el Índice de Competitividad para el Crecimiento (Growth Competitiveness Index o GCI) y el Índice de Competitividad de los Negocios. El primero mide la capacidad de una economía nacional para lograr un crecimiento económico sustentable en el mediano plazo. Se basa en tres amplias categorías de variables: ambiente macroeconómico, instituciones públicas, y tecnología; y éstos, a su vez, en subíndices. El Índice de Competitividad para los Negocios (Business Competitiveness Index o BCI (denominación a partir de 2003 del previo índice de Competitividad Microeconómica o MICI) evalúa la eficacia con la que una economía utiliza su acervo de recursos. Este índice se basa en dos grupos de variables: operaciones y estrategias de las empresas y calidad del ambiente.

⁴ Este índice de competitividad global es el ranking más importante e influyente que se elabora en la comunidad internacional, valorando una serie de aspectos que van desde la calidad de la infraestructura, hasta la educación, pasando por la sofisticación del sistema financiero, el nivel tecnológico y el nivel de innovación.

Es decir, para que una nación sea altamente competitiva⁵ debe construir infraestructura urbana para que los servicios y las mercancías (y empleados) de las empresas puedan ser distribuidas y transportados con facilidad, debe haber un marco regulatorio amigable que ayude a los inversionistas, evitando la engorrosa burocracia gubernamental y reduciendo al mínimo las tasas impositivas, debe haber mano de obra altamente calificada y barata, además, la regulación ambiental y laboral no deben ahuyentar al capital y, por supuesto, se debe asegurar un alto nivel de rentabilidad de la inversión.

Esto es, ser competitivo implica poner a la nación, al Estado, sus instituciones y sus recursos al servicio del capital nacional e internacional, dar todo tipo de facilidades para que la gente de dinero haga más dinero sin importar el deterioro del medio ambiente, el salario de los trabajadores, sus derechos laborales y además se les debe cobrar el mínimo de impuestos. Bajo este paradigma, la calidad de vida de la gente no es importante, menos aún lo es su bienestar, su salud y sus derechos laborales. La política de competitividad consiste en crear empleos, aunque esto sean muy mal pagados y que las empresas tengan las más altas tasas de rentabilidad.

En este sentido, ser altamente competitivo implica el explotar hasta el agotamiento a la fuerza de trabajo, entregar la nación y sus recursos a las oligarquías nacionales e internacionales, destinar el gasto público para crearles infraestructura (parques industriales y vías de comunicación), tener un gobierno eficiente al servicio de los oligopolios, dotarles de seguridad jurídica a sus inversiones y sobre todo, evitar que los altos índices de criminalidad ahuyenten los capitales, por lo que habrá que destinar más fondos públicos a los cuerpos policíacos.⁶

⁵ De acuerdo con la concepción positivista de la competitividad, el nivel de vida de una nación depende de la capacidad de las empresas de alcanzar una alta productividad y sostenerla durante el tiempo. En consecuencia, los gobiernos deben generar o propiciar un entorno físico, tecnológico, social, ambiental e institucional propicio para atraer y desarrollar actividades económicas.

⁶ De acuerdo al Programa Nacional de Financiamiento del desarrollo 2008-2012 (Pronafide), la causa de la reducida inversión en México no es una falta de recursos domésticos, sino la menor disposición a invertir en el país debido al bajo rendimiento de las inversiones. Para Jorge Vázquez Castillo, director de *Harbor Intelligence*, los recursos se van a otras latitudes porque en México se ha deteriorado la competitividad por la existencia de energía, transporte y telecomunicaciones caras, falta de infraestructura, ausencia del Estado de derecho, inseguridad y una legislación laboral rígida (Juan Carlos Orozco y Ernesto Sarabia, “*Hay recursos para crecer, pero falta competitividad*,” en periódico Mural, Guadalajara, Jalisco, sección Negocios, 28 de mayo del 2008, p. 1).

A pesar de que se señala insistentemente que los diferentes índices de competitividad miden también “la habilidad de los países de proveer altos niveles de prosperidad a los ciudadanos, el respeto al medio ambiente y la integración social,” la realidad es que el factor humano y su desarrollo no son considerados como trascendentes o importantes en estas mediciones.

Finalmente, sólo resta decir en este apartado que bajo este orden de ideas y a tono con el discurso oficial, todo lo que atente en contra del mercado y la libre empresa atenta en contra de la competitividad y, por consiguiente, está en contra de los intereses de la nación (entiéndase el gran capital).

CRITICA A LA COMPETITIVIDAD

Desde que surgió la competitividad como paradigma dominante en la economía y las ciencias administrativas y empresariales a finales del siglo XX, también surgieron voces disidentes y críticas a sus principales planteamientos, propósitos y consecuencias negativas generadas.

Por ejemplo, el norteamericano Paul Krugman, Premio Nobel (2008) y premio Príncipe de Asturias, apunta que la competitividad, al contrario del pensamiento (el cual posee la mayoría de economistas y administradores actuales), trae más desventajas a las naciones que ventajas.

Krugman (1996 y 1997) plantea que la “competitividad puede ser una peligrosa obsesión, puesto que puede dejar en el camino un sin número de Estados completamente endeudados y en crisis, gastos inútiles, fraudes, guerras comerciales, y sobre todo bajos salarios, puesto que para llegar a la competitividad es necesario implantar nueva tecnología (de punta) lo cual hace que se presente un desmesurado recorte en personal humano, puesto que las maquinas reemplazaran esta antigua mano de obra y por lo consiguiente se elevará la tasa de desempleo a índice impresionante, lo que conlleva a que se presente un sin número de problemas como la hambruna, sanitarios, desplazamientos, fuga de cerebros, entre otros, puesto que hay una conciencia exagerada en la cual los países hacen su mayor esfuerzo para ponerse en el nivel máximo, pasando por encima del que sea y dejando al Estado incapaz de actuar para poder resolver de manera eficiente los problemas.”⁷

⁷ Citado por María Claudia García, Una Visión desde Paul Krugman, Sobre la Competitividad Internacional, http://www.utadeo.edu.co/programas/pregrados/relacio_inter/expectativas/4/krugman.htm

Por su parte, el economista italiano Ricardo Petrella (2001), consejero de la Unión Europea, señala que la competitividad significa un estado de servidumbre de las economías nacionales a los grandes consorcios internacionales (las finanzas), la quiebra de miles de pequeñas y medianas empresas, y que bajo esta nueva filosofía el mundo deja de lado el Estado de Bienestar, se vuelve cada día más insolidario y se presenta un aumento a la desigualdad mundial.⁸

NO QUIERO SER COMPETITIVO

Ante esta triste y dolorosa realidad, me rehúso a ser competitivo, ni tampoco quiero que mi país, mi estado y mi municipio sean competitivos, tal como lo conceptualizan actualmente. Me resisto a ser competitivo porque quiero un país diferente, con una alta calidad de vida, con un medio ambiente sano, con un alto bienestar e ingreso para todos, un respeto a los derechos laborales y sobre todo, un país con ciudadanos educados, sanos y felices.

Repito, no quiero que se entregue la nación y sus recursos a los grandes capitales nacionales e internacionales, no importa que no sea competitivo. Me resisto en consecuencia, a que se les entregue el país en “charola de plata,” usando además, recursos públicos para generarle las mejores condiciones a los inversionistas.

No quiero ser competitivo porque creo en la igualdad, la solidaridad y la fraternidad y porque el paradigma de la competitividad no cuestiona la concentración de la riqueza en pocas manos y tampoco se preocupa por el bienestar social. Es la dictadura del capital sobre el trabajo, del dinero sobre el hombre.

No quiero ser competitivo porque me opongo a que el sistema educativo nacional sólo sea considerado un asunto de productividad y esté preocupado solamente por formar profesionistas para el mercado laboral, olvidando la formación de seres humanos y de ciudadanos.

No quiero ser competitivo porque creo en los derechos laborales y las conquistas históricas de los trabajadores. No puedo concebir un país compe-

⁸ Véase Ricardo Petrella, Crítica a la competitividad, Revista Valenciana de Estudios Autonómicos, No. 37, 2001.

titivo con miles de ancianos muriendo en la pobreza, una vez que han entregado en sus años productivos su sudor, su trabajo y su vida a la nación. Sería sumamente paradójico vivir en un país con empresas ricas y trabajadores pobres.

No quiero ser competitivo porque creo que debemos cuidar y preservar el medio ambiente, utilizando los recursos naturales y estratégicos por el bien de la nación y sus habitantes y no sólo de los dueños del dinero.

No quiero ser competitivo porque me resisto a que se usen las instituciones y los recursos públicos que pagamos todos los contribuyentes y se pongan al servicio sólo de los grandes capitales nacionales e internacionales.⁹

No quiero ser competitivo porque los países con más alto índice de competitividad global mantienen el más alto número de suicidios, crímenes, consumo de drogas, contaminación ambiental y no son tan felices.¹⁰

No quiero ser competitivo porque creo que el ser humano no debe vivir sólo para trabajar, sino trabajar para vivir y vivir bien y con decoro. No quiero ser competitivo en un país preocupado sólo por la creación de empleos y con tecnología de punta, pero con salarios de hambre y sin las más mínimas prestaciones y derechos laborales.

En fin, me resisto a esta concepción de competitividad que sólo representa una nueva fachada, ahora ornamentada, de la misma y lacerante explotación del hombre por el capital.¹¹

⁹ Por ejemplo, tan sólo en Jalisco, en el año 2008, se tiene un presupuesto de 75 millones de pesos para dar incentivos a las grandes empresas para invertir en la entidad a través del Consejo Estatal para la Promoción Económica (CEPE). De esos 75 millones, el CEPE ya entregó a la compañía trasnacional Flextronics, 35 millones de pesos en incentivos. ¹⁰ Esta empresa con oficinas centrales en Singapur, tiene ingresos anuales por más de 33.6 billones de dólares.

¹⁰ De acuerdo a Gustavo Mata, la felicidad de las naciones no parece aumentar cuando aumenta su nivel de ingreso. Pero la desigualdad en el ingreso sí tiende a disminuir el bienestar general de una nación (Véase La Felicidad de las Naciones, <http://apartaderos.blogspot.com/2007/07/la-felicidad-de-las-naciones.html>, fecha de consulta, 22 de mayo del 2008). Estados Unidos de Norteamérica, con un PIB de \$43.500 dólares per cápita (que aparece en el número uno del índice de competitividad global) ocupa en lugar número 23 en el índice de felicidad.

¹¹ Los banqueros señalan que México es un país muy competitivo para sus inversiones. Pagan el 3 o 4 por ciento de interés a los ahorradores y cobran, sólo por el servicio de intermediación, entre un 35 y un 60 por ciento si alguien les pide un crédito o utiliza una tarjeta de crédito bancario. Eso mismo pasa con el servicio de telefonía celular, ya que de acuerdo a la OECD las tarifas de los servicios en México son las más caras del mundo. Esta es otra mirada de la competitividad vista por los dueños del dinero.

CONCLUSIONES

Bajo el nuevo discurso modernizador, la competitividad está centrada en el dinero y en su capacidad para hacer más dinero, constituyendo una especie de espiral de la perversidad, sin fin y sin fondo.¹² Bajo este nuevo paradigma, el mercado se constituye como regulador del desarrollo económico y el Estado como su garante, en beneficio de los grandes capitales y no necesariamente de las sociedades.

Sin embargo, toda esta concepción de la competitividad, en la acepción que hemos señalado, se olvida que el fin primero de todo Estado - Nación bajo reglas democráticas es el bienestar de las personas, el desarrollo humano, la calidad de vida y el respeto y cuidado del medio ambiente y los recursos naturales. Es decir, el fin de toda política de Estado es poner al ser humano y su bienestar, así como a la naturaleza, como ejes rectores de toda política de desarrollo.

Esta nueva orientación nos debe llevar a repensar el concepto de competitividad, asociándolo más a los términos de desarrollo, bienestar y progreso humano. En consecuencia, los actuales índices de competitividad deben ser sustituidos por los índices de calidad de vida y de desarrollo humano.¹³ Aumentar el nivel de bienestar social y tener una distribución más equitativa de la riqueza es el gran reto de la economía mundial. ¡Esto es también lo que requiere la nación y lo que aspiran millones de mexicanos! ¡Eso sí nos haría un país realmente competitivo!

BIBLIOGRAFÍA

Albuquerque Francisco, 1995, «Competitividad internacional, estrategia empresarial y el papel de las regiones», Revista EURE, vol. 21, no. 63. Santiago de Chile, junio, Pp. 41-56.

¹² En este sentido, se confirma el adagio popular que señala que “el capital no tiene patria, sólo intereses.”

¹³ Por ejemplo, la Encuesta Mundial Sobre Calidad de Vida incluye en sus mediciones consideraciones sobre el entorno político y social, el entorno económico, el entorno socio-cultural, consideraciones de tipo médico y de salud, escuelas y educación, servicios públicos y de transporte, recreación, bienes de consumo, vivienda y ambiente natural.

- Begg Iain, 1999, “Cities and Competitiveness,” *Revista Urban Studies*, vol. 36, núm. 5/6, mayo, pp. 795-810.
- Begg Iain, 2002, “Urban Competitiveness,” *Policies for dynamic cities*, The Policy Press, Great Britain, pp. 248.
- Drucker, Peter 1999. *La sociedad poscapitalista*. Edit. Sudamericana. Barcelona, España.
- Enrique Cabrero, Alicia Ziccardi e Isela Orihuela, *Ciudades Competitivas. Ciudades Cooperativas: Conceptos claves y construcción de un índice para ciudades mexicanas*, www. cide.mx, fecha de consulta 20 de mayo del 2008.
- Krugman Paul, 1997, *El Internacionalismo Moderno. La economía internacional y las mentiras de la competitividad*, Crítica. Barcelona, pp. 24-26, 137-154.
- Krugman Paul, 1996, “Making sense of the competitiveness debate”, *Oxford Review of Economic Policy*, vol. 12, no. 3, pp. 483-499.
- Krugman, P. R.: *Pop Internationalism*, The M.I.T. Press, 1996. (Versión española: *El internacionalismo moderno*. Ed. Crítica-Grijalbo-Mondadori, 1997).
- Messner, Dirk, Meyer-Stamer y Jorg, *Competitividad Sistémica: pautas de gobierno y Desarrollo*, Nueva Sociedad, No. 133, Sep.-Octubre., 1994, pp. 72-87.
- Porter Michael, 1991, “La ventaja competitiva de las naciones”, Plaza & Janes Editores, España, pp. 1025.
- Porter Michael, 1996, “Competitive Advantage, Agglomeration Economics, and Regional Policy”, *International Regional Science Review*, vol. 19, no. 1 & 2, pp. 85-93.
- Porter Michael, 1995, “The competitive advantage of the inner city”, *Harvard Business Review*, vol. 73 no. 3, mayo-junio, pp. 55-71.
- Sobrino, Jaime, 2002, *Competitividad y ventajas competitivas: revisión teórica y ejercicio de aplicación a 30 ciudades de México*, *Estudios Demográficos y Urbanos* 17 (2).